



Aspectos políticos y literarios de una obra de Alexandr Solschenizyn:

Pabellón de cáncer

Manuel García Pérez¹

IES Thader (Orihuela, Alicante)

Resumen

El artículo analiza la obra literaria, *Pabellón de cáncer*, de Alexandr Solschenizyn, desde su concepción como parábola de la decadencia del estalinismo. La asociación entre crítica y literatura radica en una necesaria introspección del dolor de las víctimas. La parábola y las analogías de una obra perjudican a veces al valor político e histórico del texto. Nuestro artículo intenta recuperar la percepción demoledora que el autor ruso tiene sobre el estalinismo a través de unos personajes que ponen en crisis la estabilidad de un sistema que es una dictadura. La parábola no es solo una metáfora, sino también la constatación de un problema y, en el caso del estalinismo, de unos crímenes, de un oprobio, de una censura y de una estrategia sistemática de abandono y exclusión hacia el intelectual disidente.

Palabras clave: Solschenizy, estalinismo, parábola, cáncer, crítica, comunismo.

Abstract

The article analyzes the literary work, *Cancer Ward*, by Alexandr Solschenizyn, as a parable of the decline of Stalinism. The association between literature and criticism needs also an introspection pain of the victims. The parable and analogies of a work sometimes hurt the political and historical text value.

Our article attempts to recover the demolishing perception that the Russian author has about Stalinism through characters who threaten the stability of a system which is a dictatorship. The parable is not only a metaphor, but also the realization of a problem and, in the case of Stalinism, the evidence of a systematic strategy of neglect and exclusion towards the dissident intellectual.

Keywords: Solschenizyn, Stalinism, parable, cáncer, criticism, communism.

¹ Doctor en Filología hispánica por la UM. Licenciado en Antropología por la UNED. Profesor. Funcionario de carrera.

1. Introducción.

Hace unos años, cuando me enfrentaba al análisis del documental cinematográfico de Claude Lanzman, *Shoah*, para la redacción de un artículo, me enfrentaba a la rotunda constatación de la violencia programada como una forma de representación política del Estado. Poco antes de revisar el trabajo del director francés, leí *Archipiélago Gulag*, de Alexandr Solschenizyn, y me sobrecogió también la predisposición del estalinismo para llevar a cabo una lenta y calculada aniquilación de seres humanos en función de criterios ideológicos o, en la mayor parte de las ocasiones, sin obedecer a ninguna clase de criterio, salvo los meramente interesados para sostener un régimen exento de cualquier revisionismo e instaurado en la corrupción interna.

Los gulags y los campos de exterminio se han convertido en referentes físicos que a veces la partidocracia de algunos de nuestros sistemas democráticos prefieren olvidar para no caer en esa inexorable deducción en la que una idea, independientemente de su origen o contenido, puede transfigurarse en una acción violenta sistémica, en un programa de exterminio, en un atentado legitimado contra otros seres humanos¹.

El propósito de este artículo es revisar la importancia del recuso a la parábola como forma de definir esa asociación indisoluble entre literatura y crisis política, una asociación donde lo literario contribuye a la descripción de un monoteísmo ideológico que el estalinismo arbitró para mantener un régimen blindado contra cualquier atisbo de crítica que pusiera en peligro su estructura endogámica y llena de privilegios.

2. La tecnocracia como violencia.

La justificación política, étnica o ideológica no oculta el crimen que los radicalismos conservadores y comunistas han articulado como estrategia para lograr la estabilidad funcional que necesitaban. Seguramente, alguien pondrá el grito en el cielo cuando haya leído esta equipolencia. Sin embargo, no pertenece a una razón particular, sino a numerosos estudios sobre los genocidios que se han ido publicando estos últimos años, donde el aparente discurso democrático de algunas corrientes ideológicas actuales, conservadoras y progresistas, todavía parece limar, pulir e

incluso purgar tales hechos, omitiendo las calamidades y los crímenes de algunos gobiernos que compartieron algunos de los principios de dichas corrientes.²

La obra de Solschenizyn nos recuerda, como el documental de *Shoah*, de Claude Lanzmann, la relevancia de la memoria de las víctimas, no como tributo espiritual o emocional a su invisibilidad, sino como una forma de actualizar las nefastas consecuencias de poner en riesgo el Estado del bienestar y los derechos civiles fundamentales.

Quisiera, sin embargo, introducir en el análisis de *Pabellón de cáncer*, algunos aspectos referentes a la violencia que deriva de algunos regímenes y que influyen, no solo en la propia creación literaria, sino también en la supervivencia a los tumores como sucede en esta novela documental de Solschenizyn. Solamente la biografía de la estudiante de Medicina, Zoya, confirma la severidad de la tecnocracia en la que el Estado muta cuando es más importante la estructura de poder que el propio individuo, o, mejor dicho, cuando la estructura de poder no tiene en cuenta al sujeto al que margina, cosifica o aniquila directamente³:

“Mientras duraran las vacaciones en el Instituto de Medicina, el solo trabajo de la clínica -tres guardias y media a la semana- parecía un trabajo trivial, casi un descanso. Más descansada hubiera estado, naturalmente sin las guardias. Pero Zoya estaba habituada a soportar una carga doble: era ya el segundo año que estudiaba y trabajaba. La práctica profesional en la clínica no era mucha, pero no trabajaba para adquirir experiencia, sino para ganarse la vida. La pensión de la abuela no alcanzaba ni para pan, la beca de Zoya se gastaba sin sentirlo, su padre nunca le enviaba nada y ella tampoco se lo pedía. No deseaba favores a un padre tal”. (pág. 181).

En su reciente estudio psicoanalítico del proceso creativo, *Una espina en la carne*, Lola López Mondéjar (2015) incide en esa relación necesaria y pertinente entre trauma y escritura, y nadie pondrá en duda de que la biografía de como la de Pasternak o Ajmatova está impregnada de esa agresión constante que la propaganda y la propia determinación al exilio y a los trabajos forzados determinan en la literatura de *Pabellón de cáncer*.

Lo que destaco de esta novela es que el Estado dispone de todo un aparato ingente burocrático y tecnificado del que los tratamientos oncológicos forman parte. Pero, al igual que sucede en *La montaña mágica*, de Thomas Mann, se desprende

una crítica, lejos de la sutilidad, de la propia relación del sujeto con el medio. Lo que deja claro el autor es que el sujeto es un objeto del aparato que ordena y ejecuta en función de sus intereses partidistas, no ideológicos.

Ahora bien, cabría pensar si acción e ideología son inseparables, un debate que ahora no nos concierne, pero que Solschenizyn contempla como una misma línea de actuación, lo que confirma la debacle del comunismo según el autor del *Archipiélago*⁴, pues considera que la represión es consecuencia inexorable de la aplicación sistémica de los presupuestos marxistas. Como defiende Gustavo Bueno, no podemos excluir de la ideología aquello que la perjudica o la corrompe y aceptar solamente aquello que la bendice o la beatifica.

“Las cuestiones técnicas las concertaban los ingenieros y los economistas y sobre ellos pesaba el control de Pavel Nikolaievich.) Todos los empleados le estimaban y ahora era grato saber que se preocupaban por él (...) También abordaron las perspectivas para conseguir una pensión. No se explicaba cómo, a pesar de su larga e irreprochable hoja de servicios en puestos de sobrada responsabilidad, no podría alcanzar, por lo visto, el sueño de toda su vida: una pensión personal. Incluso podría verse privado de la lucrativa pensión de empleado -ventajosa por su cuantía y por la fecha que debía devengar- porque en el año 1939 no se decidió, aunque se lo propusieron, a vestirse el uniforme militar. Era una lástima, mas tal vez no lo fuera tanto si se tenía en cuenta la situación inestable de los dos últimos años. Quizá fuera preferible la tranquilidad”. (pág. 209)

3. La utilidad o inutilidad de la parábola.

Que esta novela de Solschenizyn es una metáfora del propio estado ruso es una obviedad. Sin embargo, ese carácter metafórico no puede eximirnos de la responsabilidad exegética, como críticos y lectores, de relativizar u omitir la severidad de los asuntos que se tratan. Con la distancia del tiempo, parece que lo literario acaba por arrasarse con el perjuicio social, emocional, con los estragos físicos y morales que atravesó la sociedad rusa durante el estalinismo. Parece que lo literario erosiona esa visceralidad y esa necesaria empatía que el autor exige al lector para que asuma la gravedad de lo que se narra. Parece incluso que un artículo como este no sea más que una pose meramente interpretativa, que arraiga más en el valor histórico y

literario de la obra que en la propia razón emocional que puso en riesgo la propia integridad física del autor en un régimen que colocaba al intelectual disidente en el punto de mira.

Pabellón de cáncer es una obra literaria y artículos como este lo justifican, pero no podemos quedarnos en el mero artificio de su carácter metafórico, ejemplar y simbólico; lo que escribe Solschenizyn es una parábola de la situación político-económica de un país en el que el marxismo ha fracasado con fatales consecuencias, pero la parábola también responde a esa traumática experiencia que sufre el creador, transfigurado en el propio personaje de Oleg. Al ser trauma, la ficción responde a unos estímulos externos solamente comprensibles desde una relación dolorosa, agresiva y lacerante entre sujeto y mundo.

Ni el tiempo, ni la literatura, ni su exégesis, pueden distanciarnos de los visos de realidad que expresa la experiencia del autor, al que podremos de tildar de subjetivo, de objetor, de antimarxista, pero los gulags y la represión estalinista son hechos tan constatables que trascienden la propia literatura. Del mismo modo que el énfasis literario, la modalización o la subjetivización de un texto no sirven para negar los campos de exterminio nazi. El error demasiadas veces del crítico y del analista político es sobrevalorar la función de la analogía en sí, descuidando el valor histórico y social de los contenidos que se comparan. Por esa razón, debemos advertir que *Pabellón de cáncer* puede conducirnos fácilmente a esa clase de sobrevaloración, siendo su narración un testimonio durísimo de una Rusia que sucumbe a la violencia programada del estalinismo, mejor dicho, que sucumbe desde las acciones genocidas y desde el silencio informativo⁵.

4. La falsa infabilidad del sistema.

Pabellón de cáncer logra revelarnos esa significativa escisión entre individuo y Estado en perjuicio claramente del primero en el que sus sentimientos, fracasos y frustraciones importan poco o nada dentro de un sistema que lucha por la propia supervivencia de sí mismo, al margen de las injerencias individuales. La enfermedad, como en la novela de Thomas Mann, se convierte en un nuevo horizonte de expectativas para cada uno de los sujetos que cambia todo, que permite revelarnos la naturaleza de los sentimientos personales, el declive de la resignación, la indefensión

y el desconocimiento ante la propia patología, la sumisión ante las voluntades médicas, la desilusión ante los sueños no cumplidos, la insatisfacción de la falta de reconocimiento institucional frente a cargos que también se ven abocados al destierro de la enfermedad, como sucede con un hombre de partido como Rusanov.

“La posición de Rusanov, retraída, misteriosa, un poco al margen general de la producción, proporcionábale un profundo conocimiento de los verdaderos procesos de la vida, lo cual le satisfacía. La vida que estaba a la vista de todos -la producción, las conferencias, el periódico de la empresa, las convocatorias con vistas al aumento de la productividad, las solicitudes, la cantina, el club- no era la auténtica, aunque se lo pareciera a los profanos. El curso verdadero de la vida decidíase sin alboroto, reposadamente, en tranquilos gabinetes y por dos o tres personas que se entendían a la perfección, o mediante un cordial telefonazo. También fluía la vida real en los documentos secretos, en las profundidades de los portafolios de Rusanov y de sus colaboradores, y podía muy bien y durante largo tiempo discurrir silenciosamente tras la persona y mostrarse de improviso, y por un instante, abriendo sus fauces y vomitando fuego sobre su víctima, para luego desaparecer en un lugar ignorado. Después, en apariencia, todo seguía igual: el club, la cantina, las solicitudes de algún beneficio, el periódico de la empresa, la producción”. (pág. 224).

Los diálogos confirman la evolución de una creencia ciega en la infabilidad del sistema a la decepcionante evidencia de que ese sistema es una condena, en el que la enfermedad es el punto de inflexión que abre los ojos de cada paciente para descubrir que los valores morales del comunismo son tan efímeros e irrelevantes como los tejidos de sus cuerpos, afectados y consumidos por los tumores y sus metástasis.

La enfermedad es el acicate que nos involucra en el pesimismo soterrado de los actores de la novela, en su descenso a los infiernos que se traduce también en una actitud escéptica hacia el funcionamiento de las instituciones y a los logros de los diversos tratamientos médicos. La enfermedad rompe con los automatismos del sujeto, que por primera vez es capaz de reflexionar en voz alta, de empatizar y de compartir secretos terribles con otros enfermos, pero no olvidemos que lo hace en un enclaustramiento sin repercusión social y en un estadio terminal de su enfermedad, que impedirá su salida del pabellón⁶.

5. Estructuras agentes.

Es el automatismo de los protocolos y dichos tratamientos donde se reconoce, por un lado, la eclosión de experiencias emocionales y atribuciones de los personajes, y, por otro lado, el distanciamiento del poder político de la propia situación social y económica de sus ciudadanos.

Lo que conmueve es que Solschenizyn ha recurrido a uno de los ámbitos más sensibles de cualquier comunidad humana, el ámbito de la salud en el que la distribución de recursos se hace especialmente sensible para cualquier individuo. Se muestra claramente que el pabellón donde se hacían los enfermos es un nuevo exilio en vida donde el Ministerio de Sanidad muestra una gran ineficacia, especialmente en la puesta en práctica de esos recursos en pacientes que continuamente margina, cuyos pasados están afectados por la violencia estructural que el Gobierno ha tramado con sus leyes draconianas, por la inflación de su burocracia y un aparato militar que adquiere tal estructura fractal que la sociedad se rige por un continuado recelo psicótico hacia sus propios ciudadanos.

“El caso de Kostoglov era un caso extraordinario desde el punto de vista médico: extraordinario por la negligencia y, al parecer, por la maliciosa conspiración para no prodigarle las atenciones que debieron prestarle antes de ponerse en sus manos, cuando permitieron que llegara, cuando le empujaron, al borde de la muerte. Era también extraordinario por la excepcional y rápida mejoraría que había experimentado con los rayos X”. (pág. 91).

Las estructuras políticas se convierten en estructuras agentes que establecen un distanciamiento significativo con los individuos, sin escatimar en estrategias para conseguir la anulación, el abandono y la exclusión de aquellos sujetos que se muestran reacios a las acciones políticas del Gobierno. La mente colmena que desarrolla la novela opera en esa paradoja: sobreviven gracias a un sistema sanitario que acciona el Estado, pero también es el Estado el responsable de la represión que sufren muchos pacientes, consecuencia de ese monoteísmo ideológico que nadie puede criticar o rebatir⁷.

“Zoya no pasaba de los veintitrés años, pero había visto mucho y guardaba ciertos recuerdos. Entre ellos, la prolongada y frenética evacuación de Smolensk, viajando primeramente en vagones de mercancías. No sabía por qué razón, pero siempre evocaba en especial a un compañero de vagón que con una cuerda medía el sitio que ocupaban los demás en los catres de tablas, pretendiendo demostrar que la familia de Zoya se apropiaba dos centímetros que no le correspondían. También recordaba la esforzada vida en esta ciudad en los años de la guerra, cuando la gente no tenía otro tema de conversación que el de las cartillas de racionamiento y el de los precios en el mercado negro; cuando el tío Fedya hurtaba de la mesilla de Zoya una rebanada de pan de su ración.” (pág. 183).

Por esa razón, lo que revela *Pabellón de cáncer* es la invisibilidad de una comunidad ante la fractalidad de un poder político y administrativo, como el soviético, donde un pabellón se convierte en una metáfora de la propia realidad rusa de la que el autor está siendo testigo y que le valió el más severo de los ostracismos.

“Oleg estaba excitado porque había hablado mucho y le habían prestado atención. Le embargaba y le envolvía la sensación de haber retornado inesperadamente a la vida, a esa misma vida de la que se creyó excluido para siempre dos semanas antes. Ciertamente que la existencia no le prometía nada de lo que se considerara bueno y por lo cual se afanaban las gentes de aquella importante ciudad: ni vivienda, ni propiedades, ni éxitos sociales, ni dinero. Pero sí le ofrecía tres legítimas satisfacciones que no se había desacostumbrado a valorar, tales como el derecho a caminar por la tierra sin tener que esperar la orden de mando, el derecho a la soledad, el derecho a contemplar las estrellas no cegadas por los reflectores del campo de concentración, el derecho a apagar la luz por la noche y a dormir en la oscuridad, el derecho a depositar una carta en el buzón de correos, el derecho a descansar los domingos, el derecho a bañarse en un río. Sí, existían muchos, muchos derechos similares”. (pág. 178).

6. Caos, marginalidad y desenlace.

La afluencia de voces, biografías, experiencias, con una notable apariencia caótica en ocasiones, como establece la propia densidad narrativa de la obra en

algunos capítulos, no deja de ser una analogía de esa fractalidad indivisible que el propio Ministerio de Sanidad y multitud de Consejerías establecen relegando al sujeto a una clase de animalización, pese a los esfuerzos denodados de médicos y enfermeras que se ven superados por la propia normativa, por la falta de recursos y esos turnos agotadores que se prolongan durante días. En un momento dado, discutiendo dos enfermos, uno de ellos, Kostoglotov, dice:

“-¡En absoluto! Simplemente, que la gente tiene desacertada la noción de lo bueno y lo malo. Vivir en una jaula de cinco pisos en la que sobre tu cabeza caminan y alborotan, en la que te rodean aparatos de radio por todas partes, se considera como algo bueno. Pero vivir como un hacendoso labriego en una casita al borde de la estepa, se conceptúa como el mayor de los infortunios”. (pág. 48).

Los médicos no escapan a esa capacidad de opresión del Estado, a su habilidad para inmovilizar cualquier acción innovadora o de puesta en crisis del sistema sanitario. La biografía de la doctora Vega es un ejemplo de esa marginalidad a la que se somete también el sujeto, independientemente de su formación o de su implicación política, lo que nos revela esa caracterización proteica, versátil y acomodaticia del Estado como estructura desafiante, dictatorial y monoteísta dentro de un contexto socialista que debería definirse por todo lo contrario:

“Vega no cambió exteriormente, pero en su interior estaba afligida, desolada. Falleció también su madre, en cuya compañía, vivía a solas las dos. Y murió a consecuencia de un rudo golpe: su hijo, el hermano mayor de Vera, ingeniero de profesión, fue arrestado en 1940. Durante varios años recibieron cartas suyas y podían enviarle paquete a cierto punto de Buryat-Mongolia. Pero cierto día les enviaron por correo una ambigua notificación y a la madre le devolvieron el último paquete en las manos como si portara en ellas un pequeño ataúd. En aquella cajita casi habría cabido su hijo recién nacido (...) Era una entre millones. Había en el país tantas mujeres solitarias que se sentía impulsos de calcular, guiándose por los casos conocidos, si su número no sería superior al de las mujeres casadas. Y esas mujeres solitarias venían a ser de la misma edad, nacidas en la misma década. De la misma edad que los hombres que cayeron en la guerra”. (pág.399).

Lo que indudablemente consigue la novela de Solschenizyn es restaurar esa visibilidad que el propio régimen arrebató a enfermos y a médicos; la escritura se convierte en una clase de reivindicación de esa necesidad emocional no expresada en vida por los actores, sino amputada y mutilada por otra necesidad mayor, que es la del mantenimiento de un poder absoluto sobre el sujeto concebido como masa, como cifra, como puro dato estadístico, algo que no es ajeno a muchas leyendas y certezas del estalinismo.

En el caso de Solschenizyn, el motivo de la literatura va más allá de la propia crítica social o de una evocación verosímil, de clase realista, de lo que vivió durante el tiempo que duró su cáncer y del que se curó, hecho que consideró siempre milagroso. Las obras de Solschenizyn son obras de carácter político, porque, detrás de las biografías de sus personajes, existe una crítica hiriente hacia los valores políticos del socialismo, una militancia en contra de esa farsa administrativa y moral que se ejemplifica tantas veces en la novela y que le valió al autor su condena.

Allí donde la obra literaria representa una reacción inmediata del poder al que critica, vemos la literatura como un texto, no solo formalizado en su recursividad poética, sino también como un texto que impone sus propias tesis; su carácter expositivo-argumentativa representa una eficacia tan alta que la novela supone la puesta en marcha por parte del poder de una serie de mecanismos de actuación contra esas opiniones vertidas a través de una serie de actores que contradicen la ideología marcada por la estructura de poder.

Solamente, con la experiencia de Oleg en los campos de concentración de los gulags, podemos hacernos una idea de la clase de organización política en la que Solschenizyn y los suyos vivieron, y que sus escritos revelaron a muchas democracias occidentales que parecían desarrollarse en el negacionismo de las corruptelas y la violencia estructural del comunismo, como si, en algún momento, el socialismo del oeste de Europa, que predicaba todavía las bondades del marxismo antes y después de la caída del Muro, viera peligrar los principios morales que parecían inspirar sus fundamentos teóricos en las democracias occidentales.

“-¡Zoya! -exclamó Oleg con dureza, pero se detuvo pensativo-, ¿tiene usted la menor idea de lo que le aguarda en el campo de concentración a una joven si es bonita? Si en cualquier zanja del camino no la violan los malhechores, quienes, por otra parte,

siempre pueden hacerlo en el campo, en su primera noche de estancia en él, los parásitos del campo, los obscenos capataces o los distribuidores de las raciones de comida pueden planear que en su presencia sea conducida desnuda al baño. A la mañana siguiente le proponen vivir con fulano y un puesto de trabajo limpio y calentito. Pero si rehúsa, procuran acorralarla y mortificarla a tal extremo que ella misma termina por arrastrarse a sus pies solicitando lo que le propusieron -cerró los ojos y prosiguió-. Ella no ha muerto, ha conservado la vida y ha cumplido su condena sin contratiempos. Pero... se acabó. Ella también lo comprende". (pág. 198).

7. Referencias

- Bueno, G. (2003) *El mito de la izquierda*. Barcelona: Ediciones B.
- Castells, M. (2009) *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza
- Fazio, C. (2013) *Terrorismo Mediático. La construcción social del miedo en México*. México: Editorial Debate.
- Gubern, R. (2004) *Patologías de la imagen*. Barcelona: Anagrama.
- López Mondéjar, L. (2015) *Una espina en la carne. Psicoanálisis y creatividad*. Madrid: Prismática.
- Ritzer, G. (2005) *La McDonalización de la sociedad. Un análisis de la racionalización en la vida cotidiana*. Barcelona: Ariel.
- Senneth, R. (1943) *El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*: Barcelona; Anagrama, 2003.
- Livi Bacci, M. (2002) *Historia mínima de la población mundial*. Barcelona: Ariel.

¹Véase la obra de Carlos Fazio sobre el terrorismo como recurso televisivo y periodístico para influir en la conducta de la población; *Terrorismo Mediático. La construcción social del miedo en México*, editada en 2013.

²Un claro ejemplo es la obra de Bernard Bruneteau, publicada en 2009, *El siglo de los genocidios. Violencias, masacres y procesos genocidas desde Armenia hasta Ruanda*, donde el estalinismo es estudiado como un régimen caracterizado por la aniquilación sistemática de grupos, etnias y subordinados críticos contra su gobierno

³Seguimos la edición de 1973, publicada por Círculo de Lectores, traducida por Julia Pericacho.

⁴ Véase la obra de Gustavo Bueno, *El mito de la izquierda*.

⁵Sobre la propaganda comunista y fascista, merece la pena estudiar el uso del arte en la elaboración de esas estrategias disuasorias a través de Román Gubern y su *Patologías de la imagen*, 2004.

⁶Conviene incidir en que esta clase de dictaduras consiguen lo que Manuel Castells denomina, dentro una

inteligencia afectiva, la incapacidad emocional donde el sistema de vigilancia y amenaza contribuyen a su funcionamiento.

⁷Dejo claro que los conceptos de sujeto y objeto manejados en el texto responden a esa negociación que se establece entre estructura social y carácter personal desde un punto de vista psicoanalítico. Como escribe la propia López Mondéjar, basándose en el libro de Richard Sennet (1943), *El respeto*, respetar lo diferente en una sociedad plural es construir la igualdad en una sociedad de sujetos que no son iguales, “basándose en una aceptación del otro en lo que no puedo entender de él”. (pág.91). Es esa falta de aceptación de la diferencia donde arraiga el testimonio sufriente de Solschenizyn.